

# LA HAMACA ROJA

TEXTOS DE MÓNICA LAVÍN  
ILUSTRACIONES DE MARÍA PERUJO





**MÓNICA LAVÍN** es autora de más de una veintena de cuentos, novelas y ensayos. Ha obtenido los premios Nacional de Literatura Gilberto Owen por el libro de cuentos *Ruby Tuesday no ha muerto*; Narrativa de Colima por su novela *Café cortado*; Iberoamericano de Novela Elena Poniatowska por *Yó, la peor*, sobre Sor Juana y su tiempo, y Governor General que otorga Canadá. Sus cuentos han sido traducidos a varios idiomas y aparecen en numerosas antologías. Sus publicaciones más recientes son *Cuando te hablen de amor* (Planeta, 2017), nominada para la Bienal de Novela Mario Vargas Llosa; la antología personal de cuentos *A qué volver* (Tusquets, 2018), y *Todo sobre nosotras* (Planeta, 2019). *La más faulera* y *La edad de los peces*, ambos títulos dirigidos al público juvenil. *Una voz para Jacinta* (Norma), *La inesperada amiga de Carlos* (Planetalector) y *Rey Libélula* (Colofón), estos dos últimos ilustrados por María Perujo, son libros dirigidos a niñas y niños. Se formó como bióloga y desde el año 2005 es profesora-investigadora en la Academia de Creación Literaria de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México. Pertenece al Sistema Nacional de Creadores.

# LA HAMACA ROJA

Instituto Nacional Electoral

**Consejero Presidente**

Dr. Lorenzo Córdova Vianello

**Consejeras y Consejeros Electorales**

Mtra. Norma Irene De la Cruz Magaña

Dr. Uuc-kib Espadas Ancona

Dra. Adriana Margarita Favela Herrera

Mtro. José Martín Fernando Faz Mora

Carla Astrid Humphrey Jordan

Dr. Ciro Murayama Rendón

Mtra. Dania Paola Ravel Cuevas

Mtro. Jaime Rivera Velázquez

Dr. José Roberto Ruiz Saldaña

Mtra. Beatriz Claudia Zavala Pérez

**Secretario Ejecutivo**

Lic. Edmundo Jacobo Molina

**Titular del Órgano Interno de Control**

Lic. Jesús George Zamora

**Director Ejecutivo de Capacitación  
Electoral y Educación Cívica**

Mtro. Roberto Heycher Cardiel Soto

**Titular de la Unidad Técnica de Igualdad  
de Género y No Discriminación**

Mtra. Laura Liselotte Correa de la Torre

*La hamaca roja*

Primera edición, 2021

Textos: Mónica Lavín

Ilustraciones: María Perujo

Coordinación editorial: Teresa Vicencio Álvarez

Edición: Ana Arenzana

Investigación: María Elena Álvarez Bernal

Corrección de estilo: Martha Elena Lucero

Diseño: Juan José Colsa

D.R. © 2021, Instituto Nacional Electoral  
Viaducto Tlalpan núm. 100, esquina Periférico Sur,  
Col. Arenal Tepepan, 14610, México, Ciudad de México

ISBN obra completa impresa: 978-607-9218-99-7

ISBN volumen impreso: 978-607-8790-45-6

ISBN obra completa electrónica: 978-607-8697-42-7

ISBN volumen electrónico: 978-607-8790-42-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*

Distribución gratuita. Prohibida su venta

# LA HAMACA ROJA

Textos de Mónica Lavín  
Ilustraciones de María Perujo

 COLECCIÓN  
ÁRBOL



# PRESENTACIÓN

*La hamaca roja* es una propuesta literaria que se suma a la colección **Árbol** y que el Instituto Nacional Electoral pone al alcance de niñas, niños y personas adolescentes con la intención de difundir de forma sencilla y amena temas de formación ciudadana, valores democráticos, interculturalidad e igualdad entre mujeres y hombres.

La Unidad Técnica de Igualdad de Género y No Discriminación del INE tiene como objetivo hacer extensivo a todas las áreas del Instituto y a los servicios a la ciudadanía, para su aplicación, el enfoque de derechos humanos y los principios de igualdad, paridad de género y no discriminación, para contribuir a que las personas, sin distinción, participen en las elecciones y sean parte de la toma de decisiones que las involucran.

A través de las siguientes páginas, las y los lectores podrán tener un acercamiento a la vida de una comunidad de personas afrodescendientes en la que se conocen Daniela y Laila, lideresa en su escuela en acciones para buscar la mejoría de su comunidad. Su amistad les permite reconocerse como mujeres y aprender el valor de sus diferencias, así como la igualdad de derechos que tenemos las y los mexicanos, independientemente de nuestras características físicas, costumbres y tradiciones.

Este pequeño relato es una oportunidad para disfrutar una obra literaria de gran calidad y hacerlo en comunidad.

La historia puede ser atractiva para personas de cualquier edad; sin embargo, está pensada en particular para niñas y niños estudiantes de los últimos grados de primaria. Las y los lectores tendrán la posibilidad de reflexionar sobre la importancia del diálogo y el respeto a los derechos de las otras personas en la búsqueda del bien común.

Las páginas finales del libro incluyen el apartado “Para reflexionar y dialogar”, el cual está destinado a que las niñas y los niños, solos o con el apoyo de alguna persona adulta cercana, reflexionen sobre la importancia de analizar el origen de los problemas que aquejan a nuestra sociedad, plantear soluciones factibles para resolver conflictos y resaltar que todas las personas tenemos el compromiso ciudadano de participar en la solución de los mismos.



# La hamaca roja

No es que se hubiera propuesto verla, es que pasaba por el cuarto de la tele cuando apareció la imagen en la pantalla. La rodilla aplastando la cara del hombre contra la banqueteta. Asfixiándolo. El hombre no podía respirar. Se quedó allí detrás del sillón de sus padres, sin que la advirtieran. El hombre que daba las noticias anunció que, aplastado por el policía, George Floyd había muerto. Daniela sofocó el grito con su mano.

—¿No estabas en tu cuarto leyendo? —notaron sus padres su presencia—. ¿Qué te pasa, hija? —preguntó su madre.

Luego, como si Daniela no existiera, le dijo a su padre:

—Hay imágenes que las personas más jóvenes no deben ver.

Daniela seguía de pie y pensaba que aquel hombre negro podría tener la edad de su padre, y el hombre había muerto.







—No quiero que te pase nada, papá —dijo temerosa.

Su padre le hizo señas de que se sentara con ellos.

—Es un problema entre un grupo de personas negras y algunos policías de Estados Unidos. Pero aquí no hay gente con ese color de piel —afirmó el papá desde el desconocimiento—, no te preocupes —y la abrazó.

Se equivocaba, porque el siguiente domingo que comieron, como siempre, en casa de su abuela estaba la tía Fernanda, la más joven de los hermanos de su madre, que era antropóloga y viajaba mucho. La conversación entre mayores y algunos primos derivó en las revueltas que estaban ocurriendo en Estados Unidos, después de la muerte de aquel hombre. Fue Daniela la que dijo:

—Pero aquí no hay personas negras.

La tía Fernanda, con ese pelo alborotado que le caía sobre la frente, la miró sorprendida:

—¿Cómo que aquí no hay personas negras?

Daniela cruzó una mirada con su padre. Él se disculpó con una leve sonrisa porque la tía Fernanda ya no paró de hablar.

—En México también existieron mujeres y hombres esclavos, no la cantidad que hubo en Estados Unidos, además aquí la esclavitud fue abolida como resultado de la Independencia, y en cambio en Estados Unidos ocurrió cincuenta años después, con Abraham Lincoln, y luego vino la segregación, que separó espacios entre la gente por el color de su piel. Las personas negras no podían ir a las mismas cafeterías que las blancas, ni a las mismas escuelas, ni subirse a los mismos autobuses.



Imagínense, eso pasaba todavía en los años sesenta mientras los Beatles estrenaban sus éxitos y las juventudes del mundo buscaban ser escuchadas. Fue cuando empezaron las protestas de la comunidad afroamericana por la igualdad. Esto que estamos viendo ahora no termina porque, a veces, nos cuesta entender que no importa el color de tu piel, somos iguales, y cómo nos relacionamos con estereotipos es consecuencia de muchos años de maltrato.

—¿Y dónde están las personas negras aquí, tía Fernanda? —interrumpió Daniela—. En mi escuela no hay ninguna niña o niño negro, por la calle tampoco veo a nadie de piel negra.



—Es cierto, Daniela —la tía echó una mirada alrededor de la mesa porque algunos de los primos empezaban a levantarse, las personas mayores hablaban entre sí.

Sólo Daniela estaba interesada en lo que decía la tía Fernanda.

Hay comunidades negras principalmente en Oaxaca, Veracruz, Guerrero y la Ciudad de México. Se llaman afrodescendientes o afromexicanas y afromexicanos. Viven en los lugares donde se asentaron las poblaciones esclavas, cuando ya fueron liberadas, o antes, cuando escaparon.

La chica dio la última cucharada a su flan y miró a su mamá, que se había acercado con enorme curiosidad por lo que estaría diciendo su hermana menor.

Daniela sabía lo que pensaba de ella: que era muy intrépida y que podía alentar ideas descabelladas en su pequeña Daniela de ¡once años! Entonces intervino:



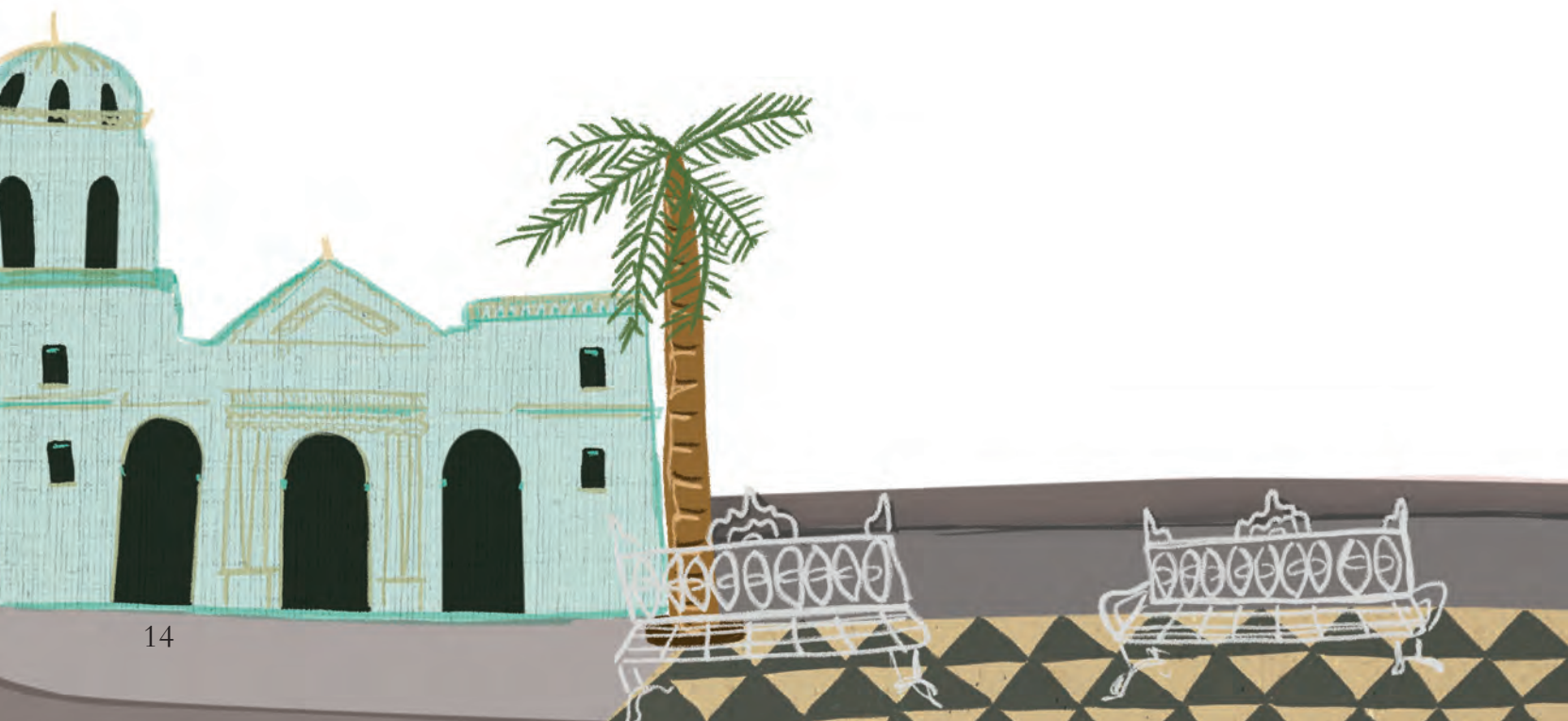
—Yo leí una novela de Sor Juana, la monja escritora, y me enteré de que en su época existía la esclavitud. En los conventos se acostumbraba tener esclavas que ayudaban en las tareas cotidianas.

—Es cierto —contestó Fernanda—, pero estás hablando del siglo xvii.

—De todos modos, es prueba de que hubo esclavitud y que entonces no preocupaba mucho la idea —presumió su madre que no quería quedar fuera de la conversación.

—Me gustaría conocer a algunas personas negras —dijo Daniela tajante.

—Las has visto —agregó Fernanda—. Has ido a Veracruz con tu mamá y tu papá. Las personas afrodescendientes, traídas como esclavas desde África —por eso lo correcto es llamarlas *afromexicanas*—, al cabo del tiempo se mezclaron con la población local tanto española como indígena: esto es lo que se llama *mestizaje*,



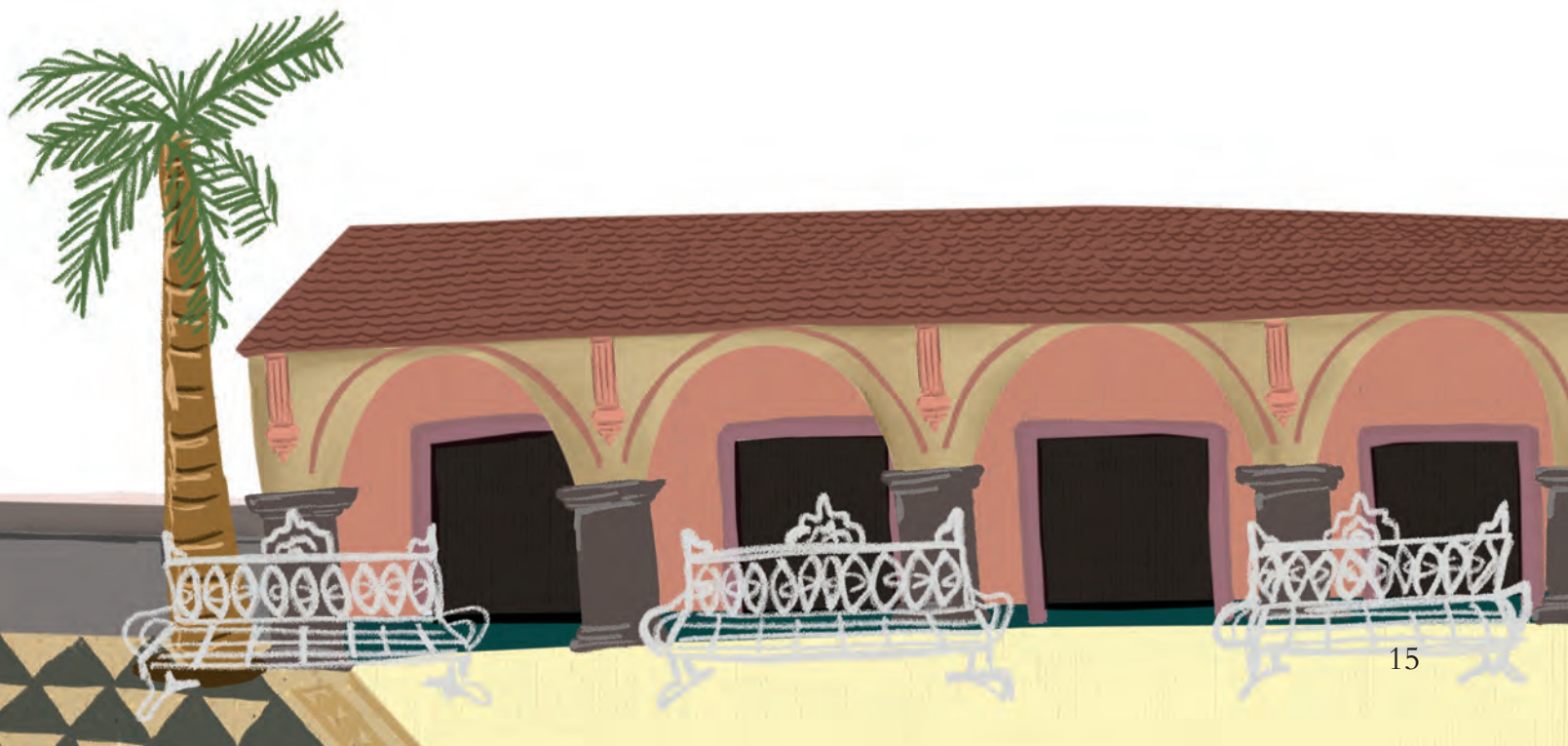


todas las personas somos mestizas. Las y los esclavos se vendían como mercancía, los hombres valían más que las mujeres por su fuerza de trabajo para las minas o las plantaciones de caña.

Daniela la miraba, estremecida por la idea de un mercado de gente. Había oído la palabra *mestizaje* en la escuela, pero no le había quedado tan clara como en este momento. Recordó los portales de Veracruz y aquel café con leche que se tomaba, golpeando con la cuchara el vaso para que un chico vertiera de las dos teteras tanto el líquido oscuro como la leche humeante.

—¿Te acuerdas de la marimba en los portales? Pues hay quienes sostienen que es un instrumento traído de África por quienes fueron esclavizados.

—Mamá —dijo—, ¿cuándo vamos a Veracruz?





La llamada de la tía Fernanda tomó a Daniela por sorpresa. La invitaba a pasar unos días al pequeño pueblo de la Costa Chica de Guerrero donde estaba haciendo su investigación.

—Es tu oportunidad de ver a las comunidades afromexicanas que hay en nuestro país —insistió la tía.

Pero Daniela no estaba de vacaciones y se lo dijo así a su tía.

—Sólo son unos días —le contestó—. Al regresar te pones al corriente. Yo necesito una ayudante que tome fotos.

Cuando colgó el teléfono, Daniela sintió que iba a ser difícil convencer a su mamá y su papá, y tenía razón. Se los dijo durante la cena y les pareció injustificado faltar a la escuela por ir con la tía Fernanda a conocer una parte de México, precisamente aquella menos visible, ahí donde se habían asentado antiguas familias esclavas, como seguramente les habría explicado la tía Fernanda. Porque cuando Daniela pidió el permiso, ya estaban preparados para decir que no.

Se fue muy triste a la cama, pero más tarde escuchó voces. Provenían del cuarto de sus padres, así que pegó el oído a la puerta. Le pareció que hablaban de ella; su mamá decía que recordaba cuando una vez faltó a la escuela porque fueron a visitar a su abuelo al ingenio cañero donde trabajaba.



—No se me olvida —oyó que decía— el olor de la caña cuando la trituraban, los camiones descargándola, el líquido que salía de aquellos molinos, la explicación de cómo se convertía en cristalitas de azúcar, y el frasco de melaza que me llevé a casa. Es un viaje que atesoro. Yo creo que tenemos que considerarlo.

Daniela sonrió, presentía lo que pasaría, y agradeció al frasquito de melaza el cambio en la decisión a la mañana siguiente.





La carretera serpenteó por las montañas durante varias horas y fue pesada. A ratos Daniela sentía ganas de devolver el estómago, pero la tía Fernanda la distraía enseñándole cómo cambiaban los árboles de encinos a pinos, lo magnífico que era el paisaje de la Sierra Madre Occidental. Después de varias veces en que Daniela preguntó si ya iban a llegar, la tía Fernanda dijo:

—¿No sientes la humedad y el calorcito? Estamos muy cerca.

La familia con quien se quedarían, y que ya conocía la tía Fernanda porque varios meses atrás había empezado sus entrevistas con ellos, las recibió con entusiasmo en la puerta de su casa. El padre dijo que ya tenía listo el huachinango pescado por él esa mañana y que prepararía su esposa para festejar el regreso de Fernanda y la llegada

de su sobrina, y abrazó a Daniela con sus manotas grandes. Era una familia afromexicana, como había aprendido a nombrarlos: la madre con ojos alegres y una risa muy abierta. Tenía dos hijos y una hija: Laila, que se acercó a Daniela y le preguntó a bocajarro: —¿Te gustaría jugar en la arena?; luego estaba Fermín, que casi tenía la edad de su hermano, ocho años, y que se escondía detrás de una de las columnas que sostenían aquella gran palapa, y el bebé Juan que su tía había conocido de meses y del que era madrina.

—Pasen, pasen —dijo la madre de Laila.

Y mientras su tía observaba de reojo el asombro de Daniela ante esa casa muy abierta, le comentó que para ellas había una cabaña al lado de la familia Morales.

Nada más entraron, el bebé lloró. Cuando Fernanda lo tomó de la hamaca en que reposaba envuelto en una sábana, Daniela vio su cara redonda, los labios gorditos. Le pareció precioso, con aquellos ojos tan grandes y esas manitas juguetonas.





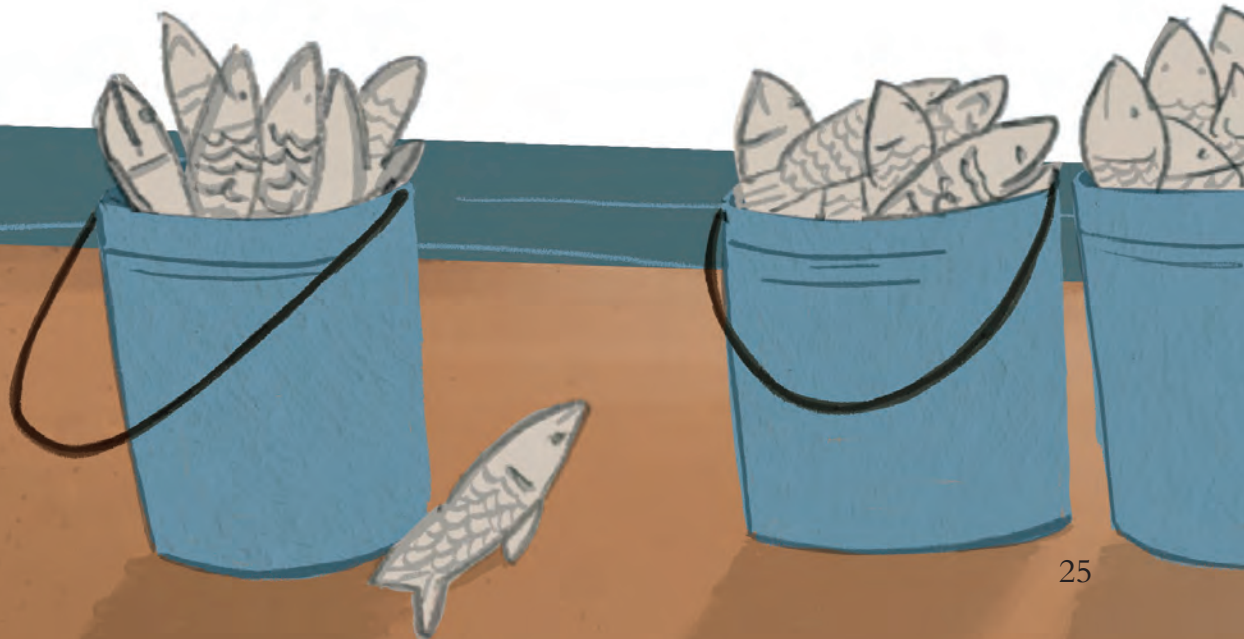


—Debes estar cansada —dijo Laila—, te voy a dar un poquito de chilate que prepara mi madre. Es muy refrescante y da energía, lo hace con cacao, arroz, canela y azúcar.

Con un vaso lleno de aquel brebaje espeso y fresco, Laila la llevó a la parte de atrás de la casa, donde el techo de la palapa protegía dos hamacas que colgaban solitarias y acercaba la casa al mar. ¡Vivían al lado del océano Pacífico! Daniela escuchó las olas y las vio reventar grandes y espumosas.

—Aquí no se puede nadar, ¿verdad? —preguntó.

—Con cuidado, sí —le respondió Laila, y le contó que ella pescaba con caña desde la orilla de la playa. Hay quienes le decían que esa actividad la hacían nada más los hombres, pero a ella le encantaba pescar y lo hacía muy bien, aunque su padre se iba muy temprano en la lancha con el tío Hermilo y traían cubetas repletas de pescados para vender en el mercado y para comer.





Daniela comprendió que al lado del mar y viviendo de él, no se le podía tener miedo.

Después de la cena con la tía Fernanda y la familia de Laila y Fermín, quien ya se había quedado dormido varias veces y que se resistía a irse a la cama, llegaron otras personas que conocían a la tía. Laila le hizo señas de que la siguiera. Daniela y ella salieron al porche de las hamacas que daba al mar. Ahí bajo la oscuridad, la hamaca roja y la hamaca amarilla parecían dos oscuros delfines flotando. Laila ya le había contado que cuando hacía calor fuerte dormía ahí, bajo el mosquitero que su mamá le ponía para protegerla. Daniela imaginó su cuerpo torcido y marcado por la malla de la hamaca. No podía suponer que eso era cómodo y se negó a probarla esa noche cuando Laila se lo propuso.

A la mañana siguiente, Daniela acompañó a Laila a la escuela. Su tía le insistió que tomara fotos. Ella no se imaginaba que su tía sabía, por el estrecho contacto que mantenía con la familia Morales y la comunidad de aquel poblado, que no era un día de clases normal. Nada más al llegar a la escuela, Daniela notó que alrededor de la cancha de basquetbol colgaban carteles hechos por las niñas y los niños que estudiaban ahí: unos decían “Ecología” y alguno mostraba un mar lleno de basura, otro “Alimentación”



y comparaba un plato de pescado con una bolsa de papas fritas tachada, otros decían “Inclusión” y le llamó la atención uno con rostros dibujados de muchas mujeres de todas las edades. También había uno de “Salud”, donde alguien había dibujado un hospital y ambulancias.

Daniela seguía a su amiga con cierta timidez porque el grupo de sexto año la rodeó y le preguntó por la chica nueva. Laila dijo que era su amiga y que había venido de lejos. Eso pareció ser suficiente para que Daniela fuera incluida en las actividades, donde Laila pasó al frente de la cancha mientras el resto se sentaba sobre el cemento. Daniela los imitó. Observó los semblantes muy distintos, un chico la volteaba a ver constantemente y la chica que estaba a su lado le convidó un poco de mango enchilado. Laila tomó la voz y les recordó que la actividad de esa mañana en la semana de propuestas para la comunidad se llamaba “Soñar el futuro”.



En un pizarrón detenido por sillas, Laila fue anotando las ideas del grupo.

—Más doctoras y doctores para que no tengamos que ir hasta Ometepec —dijo una niña.

—Que construyan la prepa— dijo un niño explicando que su hermana se había ido a vivir con unos tíos para poder ir a clases y la extrañaba.

Alguien dijo cosas alocadas y todo mundo se rio, como que construyeran un estadio de futbol o que se organizara un festival de música muy grande, porque tenían muchos músicos famosos. Álvaro Carrillo para empezar. Alguien más bromeó:

—Claro, tú quieres ganar el concurso.



El chico contestó que estaba seguro de poder lograrlo.

—Que cuando acompañe a mi papá a vender cocada en la ciudad, el taxista no se quiera aprovechar porque nos vea cargados y nos quiera cobrar de más —agregó otro.

Laila escribió: Que no haya discriminación ni abuso.

Alguien dijo:

—Yo quiero que mi papá ya no trate mal a mi mamá.

Se hizo un gran silencio y Daniela recordó que en su escuela un compañero ya se había quejado de algo así en su familia. Lamentó que esta triste situación también se diera allí. El chico escondió el rostro entre los brazos. Daniela observó inquieta a su amiga al frente.

Laila no apuntó nada y encaró al grupo:

—No debemos permitir que se nos maltrate, todas y todos debemos ser respetuosos y nunca usar la violencia. ¿Quién vota por que así sea?


Levantaron las manos y el chico que se había escondido se sumó con enorme energía. Daniela tomó fotos con el celular. Casi lo había olvidado, tan atenta como estaba en la manera en que chicos y chicas participaban y Laila conducía. Entonces alguien dijo:

—Yo quiero que Laila sea presidenta.









Escuchó risas y aplausos mientras fijaba sus rostros con la cámara. Daniela imaginó emocionada a Laila, una mujer afromexicana, como presidenta de México. Hubiera querido decir que ella también deseaba eso.

A la hora del recreo el grupo quería estar al lado de Laila y su amiga que venía de lejos. El chico que le había guiñado el ojo a Daniela bromeó:

—Si tú eres vicepresidenta, yo voto por ti.

Aquella última noche, después de recoger ramas en la playa con Laila, caminaron de regreso. Mientras sentía el frescor de la arena en los pies descalzos, Daniela escuchó el vaivén del mar y sorteó la oscuridad, como si ella también fuera del rumbo.

A unos metros de la casa, Laila soltó el ramaje e indicó a Daniela que echara el suyo encima. Al rato volvió con los cerillos y el alcohol y en unos instantes una

fogata, como un abanico de luz, iluminó la noche y permitió descubrir la espuma del mar cuando se retiraba, aferrándose a la arena. Laila trajo un petate, lo puso a buena distancia del fuego entre la casa y el mar y ahí se sentaron las amigas. La única fogata que Daniela había encendido fue en un campamento con sus padres y sus tíos en el bosque alrededor de la ciudad, donde asaron bombones y se protegieron del frío, pero aquí no hacía frío. El crepitar del fuego era sobre todo luz, que pedía que no se acercaran tanto, porque sus caras enrojecían y sudaban.

—Yo quisiera tener el pelo como tú —le dijo Daniela a Laila, a quien le brillaba la piel avivada por el fuego—. Extendió su mano y tocó aquella mata hirsuta que parecía un colchón. Pensó que no necesitaría almohada, en cambio ella requería dos para dormir. A su vez, Laila deslizó su mano sobre la cabellera de su nueva amiga.

—Qué rico se siente —dijo Daniela.

—Estás loca —le dijo Laila—, en cambio, yo quisiera tu pelo lacio, como cascada de agua.

—No tiene chiste —dijo Daniela—, casi todas tenemos el pelo así.

Laila tardó en contestar.

—No es cierto. En la escuela, casi todas las chicas tienen el pelo como el mío y la piel oscura. Otras son morenas, tienen el pelo rizado o lacio, pero nadie es tan blanco como tú, tipo cuija. Tú las viste hoy.

—¿Cuija? —preguntó Daniela—, ¿qué es eso?





—Ay, no me digas que no las has visto. Luego te enseñó una, siempre están por las paredes, son lagartijas transparentes.

Daniela miró sus manos, bajo el amarillo de la fogata se coloreaban de anaranjado.

—Transparente no soy.

Laila se rio:

—No, te pareces a las de la tele, las de los anuncios, las de los programas de chistes, las de las telenovelas. ¿Te has fijado que en la tele nadie es como yo?

Era cierto, por eso ella pensaba que no había personas negras en México. Tampoco recordaba alguna película, obra de teatro o cuento de hadas en que hubiera protagonistas de piel negra. Sólo en algunos programas gringos. Pero por lo que había visto en la escuela, Laila podía conducir un programa de televisión ella sola.

—Todo cambiará cuando seas presidenta —afirmó.

—Tu tía, que es muy preguntona, dice que somos afromexicanos o afrodescendientes. En la escuela también nos enseñan esas palabras. ¿Sabías que tu tía Fernanda quiere saber hasta dónde llegan nuestros recuerdos? Yo sé que soy de aquí, de la Costa Chica de Guerrero, soy mexicana y no me identifico con nadie de la tele —y se cruzó de brazos como enfurruñada.

Daniela estaba segura de que algo estaba fuera de lugar.

—¡Ay! —dijo Laila de repente manoteando al aire—, nos estamos poniendo muy serias, y subió el volumen de la música. Se puso de pie y comenzó a bailar con aquella melodía que Daniela conocía porque estaba de moda. El ritmo y la alegría de Laila embobaron a Daniela.

—Ándale, muévete —la azuzó.





Ella no podía bailar como Laila, pero lo intentó. Su amiga tocó su pelo como cascada de agua mientras ella tocaba el de Laila, acolchonado.

Al cabo de un rato, el fuego amainaba y se volvía brasas rojizas. Se tumbaron sobre el petate: una cabeza al lado de la otra, mientras sus pies quedaban en direcciones opuestas, para sentir la oscuridad apenas iluminada por la luz secreta de la fogata que se apagaba. Una cúpula de estrellas adornaba la noche.

A la hora de despedirse de toda la familia en la puerta de la casa, Laila y Daniela se pasaron el brazo por la espalda como amigas inseparables. La noche anterior, Laila le



había regalado una bolsa hecha de cáscara de coco. Daniela no supo qué darle a cambio y sacó un espejito que llevaba en su bolsa, con piedritas de colores.

—Tienes que venir a verme a la ciudad —le dijo Daniela al despedirse.

—Tal vez —dijo Laila—, con la condición de que la próxima vez que vengas duermas en la hamaca roja.

Las amigas chocaron las manos en un pacto que ni la carretera por la sierra, ni la llegada a la ciudad, ni las dos almohadas que usaba Daniela para dormir podrían borrar nunca jamás. Estaba segura de que se volverían a ver, y que cuando se dedicara a escribir programas de televisión, tal vez con la ayuda de su tía, incluiría a Lailas y Fermines y chicos y chicas como los de la escuela de su amiga, porque eran parte de su país. Sabía también que le tendría que explicar a su papá que en México sí había personas negras, pero que no les ocurriría lo que ella había visto en las noticias. No permitirían la violencia y el maltrato, lo había visto en la escuela. Y ella poseía un secreto: Laila algún día sería presidenta de México.



PARA REFLEXIONAR Y DIALOGAR

# DEMOCRACIA E INTERCULTURALIDAD



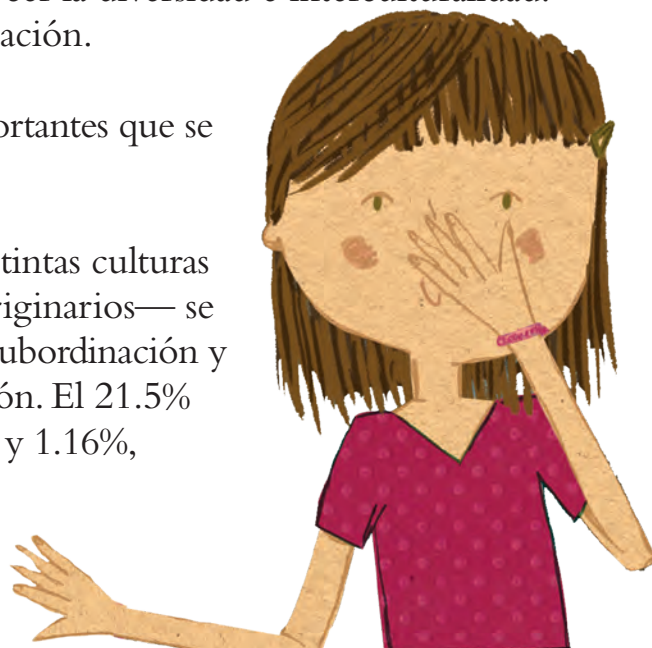
# Nuestra tercera raíz

En esta sección ofrecemos algunos elementos de análisis que pueden motivar y facilitar la reflexión y el diálogo sobre nuestra tercera raíz, un tema importante en la historia y el momento actual de nuestro país.

*La hamaca roja* brinda a sus lectores y lectoras un acercamiento a la condición de desigualdad que afecta en particular a las mujeres afrodescendientes, quienes viven una triple discriminación: por género, por origen étnico y por factores socioeconómicos. De esta forma, algunas afromexicanas podrán revalorar sus orígenes e identidad, encontrar espacios para expresarse, tener una participación activa en su comunidad y reconocerse como sujetas de derechos. Y, sobre todo, quienes lean este cuento tomarán conciencia de que esta tercera raíz constituye una realidad cultural que, al incluirla en todos los aspectos de nuestra vida social y democrática, nos enriquece como país. Con el fin de que esta historia resulte significativa para chicas y chicos, invitamos a las personas cercanas, como docentes y familiares, a ser una compañía en su lectura, disfrutar la historia, conversar sobre la importancia de reconocer la diversidad e interculturalidad: valores que nos enriquecen y hacen fuertes como nación.

A continuación presentamos algunos conceptos importantes que se identifican a lo largo de la narración.

México es un país pluricultural donde coexisten distintas culturas e identidades, las cuales —en especial los pueblos originarios— se vieron sometidas a una relación caracterizada por la subordinación y la discriminación, la integración forzosa y la exclusión. El 21.5% de la población de nuestro país se considera indígena y 1.16%,



afrodescendiente. Siete entidades federativas tienen población afrodescendiente por encima de la media nacional, en especial Guerrero, Oaxaca y Veracruz.

Daniela, la protagonista de esta historia, pensaba que no había gente negra en nuestro país, hasta que un día su tía Fernanda le contó que en México sí hay personas afromexicanas que en la actualidad siguen siendo excluidas y discriminadas en la práctica sólo por el color de su piel y su apariencia física. Lamentablemente, esto es así a pesar de que contradice nuestras leyes.

La población afrodescendiente habita en nuestro territorio desde hace más de cinco siglos y ha sido invisibilizada. Esto ha generado grandes desigualdades frente a otros grupos. Sin embargo, poco a poco, las personas con ascendencia africana han ido transitando en su proceso de identidad y en el reconocimiento de sus derechos.

La tía de Daniela también le contó que las personas que eran usadas como esclavas eran traídas desde África —por eso lo correcto es llamar *afromexicanas* y *afromexicanos* a sus descendientes— y las vendían como mercancía; los hombres valían más que las mujeres por su fuerza de trabajo para las minas o las plantaciones de caña. La abolición de la esclavitud fue resultado de la lucha de Independencia.

En su artículo 2o., la Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos reconoce y garantiza el derecho de los pueblos y las comunidades indígenas a la libre determinación y, en consecuencia, a la autonomía para decidir sus formas internas de convivencia, así como todos los elementos que constituyan su cultura e identidad.

Daniela viajó con su tía a una comunidad de Guerrero donde conoció a una familia afromexicana, de la que formaba parte Laila y de quien se hizo amiga. La convivencia familiar le permitió conocer sus



costumbres, problemas y forma de vivir. Cuando acompañó a Laila a la escuela, presencié una reunión en la que niñas y niños expresaron sus inquietudes en cuanto a diversos aspectos que requería su comunidad, como mejores servicios médicos, escuelas más cercanas, eventos deportivos y actividades culturales; y sobre todo, hablaron de la defensa de sus derechos para terminar con el abuso y la discriminación de los que cotidianamente eran víctimas. Un ejemplo muy claro de esto lo compartió un chico, cuando platicó que un taxista quiso cobrarle en exceso a su padre cuando los trasladó a la ciudad para vender cocada.

La Ley General de Acceso de las Mujeres a una Vida Libre de Violencia tiene el objetivo de establecer la coordinación con distintas autoridades para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres, así como los principios y las modalidades para garantizar su acceso a una vida libre de violencia que favorezca su desarrollo y bienestar conforme a los principios de igualdad y no discriminación.

En esa reunión, Daniela también fue testigo de la triste solicitud de un chico que pedía que su padre dejara de tratar mal a su mamá, lo que le recordó una petición similar que había escuchado con anterioridad en su escuela, y lamentó que esta situación se diera en distintos lugares y circunstancias.

La Ley General para la Igualdad entre Mujeres y Hombres tiene el propósito de regular y garantizar la igualdad de oportunidades y de trato entre mujeres y hombres, además de proponer los lineamientos y mecanismos institucionales que orienten a la nación hacia el cumplimiento de la igualdad sustantiva en los ámbitos público y privado, al promover el empoderamiento de las mujeres y la lucha contra toda discriminación basada en el sexo. Esta ley también establece que las mujeres pueden ser nombradas para cualquier empleo o comisión del servicio público, de tener las calidades que determine la ley.





Laila y Daniela tuvieron la oportunidad de reconocerse como mujeres, aprendieron el valor de sus diferencias, así como la igualdad de derechos que tenemos las y los mexicanos, independientemente de nuestras características físicas, costumbres y tradiciones.

En la actualidad, a algunas personas les cuesta trabajo entender que sin importar el color de la piel tenemos una historia y una diversidad cultural que nos enriquece y une. Mujeres y hombres somos iguales; sin embargo, los estereotipos han traído como consecuencia muchos años de maltrato y exclusión, por lo que es compromiso de todas las personas tomar acciones, como sucedió en la escuela de Laila, para que esta situación cambie y vivamos en una sociedad más justa e igualitaria.

Con Laila como lideresa, alumnos y alumnas decidieron demandar acciones para terminar con cualquier tipo de abuso, violencia y discriminación. Uno de sus compañeros dijo que le gustaría que ella llegara a la Presidencia y ella también deseó lo mismo, no sólo como un sueño sino con la convicción de lograrlo. Tal vez nuestra primera presidenta sea una mujer afroamericana.





**MARÍA PERUJO** nació en la Ciudad de México en 1988. Estudió Diseño Gráfico en la Universidad Iberoamericana y es maestra en Libro Ilustrado y Animación Audiovisual por la Universidad de Vigo, Facultad de Bellas Artes, en Pontevedra. En esa ciudad aprendió que se pueden contar historias sin palabras, que las imágenes, al pasar de las páginas, dan ritmo a la lectura y nos permiten volar en mundos inimaginables. Ha sido ilustradora desde mucho antes de estudiar para serlo, cuando de pequeña copiaba las presentaciones de los libros de su mamá y retrataba a los integrantes del mariachi de su papá. Da clases de arte en secundaria y preparatoria, placer cotidiano que acompaña su creatividad. Ha diseñado e ilustrado libros como: *Es puro cuento* (Sélector), *Rey Libélula* (Colofón), *Luisol y las pesadillas* (Sélector) y *La inesperada amiga de Carlos* (Planetalector), y sigue metiendo al horno sus ideas para saborearlas, junto con sus lectores, en un futuro cercano. Siempre le ha gustado dibujar, prefiere olvidar la cartera a una libreta y un lápiz (porque suele olvidar algo al salir de casa), disfruta de la espontaneidad del boceto y la gracia de transformarlo en ilustración. De la mano de sus trazos está la música: María canta, porque las líneas y las notas pintan su mundo de alegría.



Laïla y Daniela son dos chicas que tienen la oportunidad de conocerse e iniciar una amistad que les permitirá reconocerse como mujeres, además de aprender el valor de las diferencias y la igualdad de derechos que tenemos las y los mexicanos, independientemente de nuestras características físicas, costumbres y tradiciones.

Este volumen forma parte de la colección **Árbol**, cuyo objetivo es contribuir a la cultura ciudadana de niñas, niños y adolescentes a través de atractivas historias que motiven la reflexión y participación activa en la sociedad, particularmente en lo relativo a la igualdad de género y no discriminación.